

# ILIÓN

MARIO VILLÉN

# ILIÓN



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: octubre de 2022

© Mario Villén Lucena, 2022  
© de la presente edición: Edhasa, 2022  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6394-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 14801-2022

Impreso en España

Para tres mujeres muy importantes en mi vida:  
Mi abuela Eloisa,  
mi madre, María Luisa,  
mi mujer, Eva.  
Y para todas las mujeres fuertes a las que la historia  
pocas veces ha tratado bien...

Las historias son más sólidas que las piedras...

Hasta el siglo XIX se pensaba que Troya era una ciudad ficticia y que los hechos que se narraban en la *Ilíada* eran sólo parte de su leyenda. Sin embargo, sus restos fueron hallados, y la evidencia arqueológica hizo real el mito...



## PROFECÍAS

–¡No queríamos la guerra! ¡No queríamos la guerra!

La voz de la dárdana resonaba como una letanía cadenciosa, alterando la serenidad de la travesía. Sus ojos se perdían en el cielo limpio del atardecer, en el que se destacaban los vuelos circulares de las gaviotas.

–Amordazadla.

Llevaba más de una hora así y la paciencia de Aquiles se había agotado. Dos mirmidones se levantaron al instante, pero el líder aqueo se adelantó y, con sus propias manos, arrancó un jirón de tela de su túnica.

–¡Nuestro caudillo responderá y cumplirá con su destino! –gritó la mujer antes de que consiguiera atar la mordaza–. ¡Eneas irá a Troya y os derrotará! ¡Eneas!

Después, leves gemidos y, por fin, el silencio, sólo roto por el viento que agitaba la vela y los crujidos de las maderas.

De vuelta a su asiento, el aqueo centró su atención en la lira, el hermoso instrumento que había obtenido en el saqueo de Tebas Hipoplacia. Ajustó el clavijero de plata y rasgó las cuerdas haciendo sonar una sencilla melodía. Satisfecho, la devolvió a su estuche y se volvió hacia Automedonte, su auri-ga. Una idea le rondaba la cabeza.

–¿Se refiere al mismo Eneas?

Cerca del monte Ida, los ejércitos aqueos se habían topado con un grupo de pastores liderados por un hombre llamado Eneas. Tras una breve escaramuza, los pastores hu-

yeron y se refugiaron en Lirneso, convirtiéndola así en el siguiente objetivo de los mirmidones.

–Imagino que sí. –Automedonte asintió–. Tiene orígenes reales. Los dárdanos creen en una profecía que dice que algún día será rey de Troya, o algo así. Eso contaron las esclavas.

Aquiles miró a la mujer y sonrió.

–¿Con quién piensa ir tu pastor a Troya? ¿Con sus rebaños?

La dárdana se alteró y abrió los ojos de forma desmesurada. Volvieron los gemidos, amortiguados por la tela que apretaba su boca.

–Lo seguirán los guerreros de Dardania –intervino Briseida, otra de las mujeres que habían apresado. Viuda de Mines, rey de Lirneso, era parte del botín personal de Aquiles. Él mismo la había elegido tras matar a su esposo.

El comandante la observó detenidamente. Ella se mantuvo firme, hermosa y desafiante.

–Los dárdanos que hayan sobrevivido a nuestras lanzas... –puntualizó al fin. Los ojos de ella brillaron en recuerdo de los asesinatos.

–Son muchos, te lo garantizo. Has prendido el fuego que os consumirá. –Briseida habló con voz pausada, pero segura.

–Tienes la lengua rápida, mujer –repuso Aquiles–. ¿Vas a darme problemas?

–Más de los que puedas imaginar.

Se mantuvieron la mirada durante unos instantes. Finalmente, Aquiles carcajeó, y sus compañeros rieron con él. Relajada la tensión, tomó de nuevo su lira y, aclarándose la voz, entonó una canción que hablaba sobre Hércules y su amigo Telamón.

Patroclo, siempre presto a servirlo, sacó vino, hizo una libación a Poseidón y le llenó la copa. Luego se acercó a Briseida, que permanecía maniatada junto al resto de mujeres.

–Lo acabarás amando tanto como ahora lo odias –le susurró mientras apoyaba una mano en su hombro–. Él produce ese efecto en las personas: se le ama y se le odia a partes iguales, créeme.

De inmediato se apartó, y Briseida pudo recrearse en la contemplación del asesinato de su esposo. Su cuerpo era fibroso, sus largos cabellos tenían el color del oro y su mirada era penetrante. Lo odiaba profundamente, era cierto, pero no podía negar que aquel hombre tenía algo que llamaba poderosamente su atención.

La noche los sorprendió surcando una zona de calas en la costa occidental de la Tróade. Arriaron las velas y, tras echar al mar las enormes piedras que anclaban las naves al fondo marino, los hombres se repartieron por las cubiertas y las bodegas para descansar. Las naves se mecían suavemente al son de las mareas.

Aquiles tardó en dormirse, y el sueño le sobrevino acompañado por las imágenes de las recientes matanzas. Pasada la medianoche, un suave murmullo lo despertó. Se levantó con sigilo para no alertar a Patroclo ni a Automedonte, que dormían a su lado. El sonido provenía del castillo de proa. Caminó entre los cuerpos dormidos de los remeros hasta llegar a la tela que cerraba el castillo. Se asomó y vio a un hombre que sujetaba a una mujer amordazada. Frente a él, otro la penetraba. Ella, resignada, no forcejeaba. Aquél era el destino que aguardaba a las mujeres tras la toma de una ciudad, cuando sus maridos y sus hijos yacían muertos a manos de los mismos hombres que se las llevaban como botín.

Aquiles agarró una lanza que permanecía tirada a la entrada del castillo, descorrió la tela y subió al entarimado. Al instante, los dos hombres se pusieron en pie. La mujer

huyó a la carrera para refugiarse entre las demás esclavas. La tripulación comenzó a despertarse.

No hubo palabras, sabían que tendrían que luchar por sus vidas. Los mirmidones aferraron las espadas e hicieron frente a su comandante. Aquiles llevaba el pecho descubierto y sólo vestía un faldellín; sus músculos brillaban a la luz blanquecina de la luna y sus cabellos emitían destellos plateados. No les dio tiempo para saludar a la muerte. Con un movimiento preciso, dirigió la lanza hacia el pecho del que estaba a su derecha, clavando la punta entre sus costillas. Un agudo grito de dolor sacudió la nave. El otro mirmidón dio un paso hacia él para aserrarle una estocada, pero Aquiles, que ya había extraído la lanza, echó un pie atrás y se la clavó en la garganta. Sostuvo su cabeza en alto unos segundos para reconocerlo y luego la arrojó hacia un lado. Se giró y apoyó la lanza en el suelo. La sangre comenzó a resbalar por el astil hasta llegar a su mano.

—Son botín. —Señaló a las mujeres—. Cada cual tendrá su parte, bien ganada, cuando llegue el momento del reparto. Hasta entonces, son sagradas, y el hombre que las tome estará tomando la propiedad de otro hombre. —Se volvió para echar una ojeada a los dos moribundos, que se retorcían entre estertores—. Agamenón también tendrá una parte. No ha movido un dedo para conseguirlas, pero es el primero entre nuestros reyes. Ésas son nuestras leyes, las que nos hacen diferentes de los salvajes. No he matado a dos mirmidones. Vosotros no obráis así, hombres de Ftía. He matado a dos animales sin ley. —Bajó del entarimado y se encaminó de vuelta al castillo de popa—. Limpiadlo, y echadlos al mar como ofrenda a Poseidón —dijo al aire sin volver la cabeza.

Nadie habló. Aquiles sabía imponer su autoridad. Soltó la lanza, se lavó las manos y volvió a echarse en el camastro. Briseida no apartó la mirada de él hasta que se perdió tras las telas ondulantes del castillo. Amor y odio. Las palabras de Patroclo aún resonaban en su cabeza.

Cerca del mediodía arribaron a la bahía donde fondeaban las naves encargadas de las incursiones. Estaba situada al sur de la entrada al Helesponto, al oeste de la llanura troyana del río Escamandro. Una a una, las naves de cascos alquitranados fueron buscando un sitio en la ensenada. La flota de Áyax el Grande ya estaba allí; las enseñas de Salamina ondeaban sobre los mástiles de abeto. Áyax había dirigido una expedición de castigo contra la costa Tracia del mar Oscuro.

Decenas de barcas se aproximaron a los navíos para descargar mercancías y transportar a los hombres a la orilla. El hormigueo de porteadores no cesó hasta bien entrada la tarde. Los almacenes rebosaron.

Aquiles se encontró con su primo Áyax en el taller de carpintería, donde ambos habían acudido para solicitar reparaciones en sus naves.

–¡Por Hércules, primo! ¿Has dejado algo en Tebas?

–Los cuerpos de los tebanos. A sus mujeres también me las he traído –respondió Aquiles con aire jovial. Con Áyax se sentía cómodo; era un bruto sin modales, pero siempre había estado a su lado cuando lo había necesitado. Sus padres los habían enviado juntos a entrenar con el viejo Quirón. Apenas eran niños entonces y, desde aquellos años lejanos, habían forjado una sólida amistad.

–No creas que Tracia ha tenido mejor suerte. –Áyax inflamó el pecho con aire fanfarrón. Le sacaba una cabeza a su primo y su musculatura prominente recordaba el aspecto de un gigante, como los que aparecían en los relatos de los aedas–. Desde aquí casi se puede ver el humo de los incendios –rio, divertido por su propia ocurrencia.

A varios pasos de ellos, cuatro guerreros conducían a las esclavas hacia un almacén del embarcadero. Sólo dos fue-

ron apartadas. Un oficial mirmidón se acercó para preguntar su destino.

—A ésta llévala a mi tienda. —Aquiles señaló a Briseida, que permanecía erguida—. A la otra devuélvela a la nave y custódiala tú mismo. —Al instante, el oficial se puso en marcha. Áyax miró inquisitivo a Aquiles—. Mi botín personal —aclaró—. A la otra la he elegido para Agamenón. Se llama Criseida y es pariente de la mía.

—Mujeres hermosas, por Zeus. Yo también he escogido alguna tracia para mí —comentó Áyax—. Muy pronto podrás llevarle esa mujer a Agamenón —añadió—. Hace dos días llegó un mensajero del campamento. El rey quiere que vayamos, con todos los hombres.

—El décimo año, ¿no?

—Tú lo has dicho, primo. Agamenón está nervioso. Teme que los troyanos intenten algo contra nosotros. Ellos también conocen la profecía de los diez años. Tenemos que estar preparados y unidos. —Palmeó el hombro de Aquiles, que dio un paso atrás para no perder el equilibrio—. Se acerca el final de esta maldita guerra.

Un atisbo de inquietud asomó a la mirada de Aquiles.

—Sí. Se acerca el final, y todos cumpliremos con el destino que los dioses nos tienen reservado. —Su voz sonó como la de un profeta.

\* \* \*

Las escamas de bronce de su armadura, partidas en mil destellos, relucían bajo el sol inclemente. El casco cónico, rematado por una alta cola de caballo, refulgía como una lengua de fuego. Sobre su carro, Héctor permanecía quieto, aferrado a la lanza y atento a cualquier movimiento en la llanura. Se había apostado en la linde del camino, junto a la necrópolis, mientras el cargamento de abastecimiento procedente

del sur entraba en Troya por las puertas Dardanias. Varios guardias protegían la retaguardia de la comitiva. Héctor aguardó hasta que las últimas carretas atravesaron las imponentes puertas de Troya, desde donde se encaminaron hacia los almacenes y graneros de la ciudad. Entonces dio instrucciones a su auriga para que condujera el carro hasta la ciudadela. El arquero que lo acompañaba, a su lado, permanecía distraído.

Atravesaron el foso y la empalizada, penetraron en la ciudad y tomaron la calle que ascendía hasta la puerta Apolína.

—¡Casco reluciente!

—¡Defensor de Troya!

Al paso del carro, los troyanos loaban a su príncipe.

Antes de cruzar la puerta de la ciudadela, Héctor elevó una oración a Apolo ante sus estelas. Esculpidas en enormes piedras, representaban al dios como defensor de la ciudad. Algunos ancianos todavía recordaban el viejo culto a Apulunas, y contaban historias sobre cómo Apolo había sustituido al dios hitita, convirtiéndose en el verdadero protector de Troya.

Subieron la rampa de acceso y se detuvieron ante el cuartel que había adosado a la cara interior de la muralla. El auriga y el arquero se quedaron al cuidado del carro, y Héctor continuó el viaje a pie hasta los palacios y templos que coronaban la ciudadela. En el pórtico de su propio palacio lo recibió una esclava, que lo ayudó a quitarse las botas de puntera rizada y el casco de bronce. En la sala principal, junto al hogar, Andrómaca tejía acompañada por otras tres esclavas. La lucerna iluminaba las coloridas pinturas que decoraban el salón. Astianacte, el único hijo de Héctor y Andrómaca, jugaba a gatas bajo la atenta mirada de una nodriza. Nada más ver a su padre, el niño se puso en pie, inseguro, y echó a correr hacia él. En cuanto Héctor lo tomó en brazos, el pequeño se puso a jugar con su barba.

–Traigo noticias del sur –se dirigió a su esposa con el gesto sombrío–. Los aqueos han asaltado Lirneso, Pédaso y Tebas.

La última palabra impactó en la mujer con la fuerza de una gran losa de piedra.

–¿Mi familia? –preguntó Andrómaca entre sollozos. Héctor apretó la boca y negó con la cabeza–. ¿Ninguno?

–El justo Eetión y sus siete hijos han muerto a manos de los aqueos. Tu madre permanece presa de esos salvajes, pero ya he despachado heraldos para pagar su rescate.

Como ecos lejanos, se oyeron gritos. Las noticias sobre los saqueos en Dardania corrían por las calles de la ciudad. Andrómaca se levantó y se unió a los lamentos con un gemido desgarrador. Se quitó el velo que le cubría el cabello y se manchó la cara con un puñado de cenizas tomadas del hogar. Enseguida la acompañaron las esclavas, y en todo el palacio resonó el tétrico coro de llanto y aullidos. El pequeño Astianacte rompió a llorar y Héctor lo abrazó con más fuerza.

–Tranquilo, no pasa nada –le susurraba al oído.

Helena, que vivía con Paris en el palacio contiguo, acudió al instante, alarmada. Vestía una túnica blanca de lino con un gran escote que terminaba sobre un cinturón decorado con cuentas de marfil.

–¿Qué ha pasado, cuñada?

–¿Cuñada? –vociferó Andrómaca, con el rostro desfigurado en una mueca de dolor–. ¡No me vuelvas a llamar así, puta aquea! ¿Vales todas estas muertes? ¿Vales todo el oro que mi suegro está gastando para pedir ayuda a otros reyes? –Señalándola con un dedo, comenzó a caminar hacia ella. Héctor dejó al niño al cuidado de una esclava y agarró a Helena del brazo para sacarla de allí–. No lo vales, ¡no vales nada! –gritó la hija de Eetión mientras su esposo se la llevaba.

Aquella mujer era la causa de la interminable guerra que azotaba a la Tróade, la responsable del dolor y la desgracia que se habían posado sobre la vieja Ilión.

Helena era la esposa de Menelao, rey de Esparta, pero, cuando Paris y ella se enamoraron, ninguno de los dos respetó el sagrado vínculo del matrimonio. El hijo de Príamo se la llevó consigo a Troya en una nave repleta de los tesoros de Esparta. Ésa fue la chispa que prendió el fuego que llevaba años consumiendo tantas vidas y sueños.

Una vez fuera, Helena se echó a llorar, incapaz de comprender lo que había sucedido. Dentro, los gritos no cesaban. Héctor, serio, se lo explicó mientras la acompañaba hasta la entrada del palacio de su hermano Paris. Se disponía a marcharse cuando la mujer se dirigió a él:

–Gracias. Siempre has sido bueno conmigo. –Helena tenía las mejillas húmedas por las lágrimas. Tomó las manos de Héctor y clavó en él sus ojos verdes.

El príncipe apartó la mirada y, con delicadeza, se zafó de ella.

–Debo ir a ver a mi padre para informarle. –Fue todo lo que dijo antes de perderse en dirección al palacio de Príamo; el centro de la ciudadela, el centro de toda Troya.

Helena entró en su residencia. En el vestíbulo, justo donde lo había dejado al salir, Paris seguía durmiendo la última borrachera. Le resultó repulsivo, y continuó su camino hacia el salón para perderlo de vista. Etra acudió solícita a su lado, preocupada por la expresión de su ama.

–Los nuestros han saqueado Dardania. Andrómaca... –comenzó a explicar la espartana.

–Ya, ya, niña mía. –La vieja esclava comprendió lo que había ocurrido y no la dejó continuar. Tras tantos años a su lado, había desarrollado un sentimiento maternal hacia ella.

La abrazó, dejando que se desahogara sobre su pecho; olió sus cabellos perfumados y recordó los años lejanos en los que Helena, siendo niña, estuvo bajo su custodia.

Etra concibió a su hijo Teseo con el rey de Atenas, Egeo. Tras la muerte del rey, Teseo no descansó hasta conseguir el trono de su padre. Cuando lo obtuvo, quiso tener una esposa digna de su posición. Había oído hablar de Helena, la hija del rey de Esparta. Era apenas una niña, pero ya destacaba por su belleza y sus cualidades. Teseo, sin el consentimiento del padre, planificó su rapto. Sin embargo, el pueblo de Atenas previó las consecuencias y se manifestó en su contra, de modo que Teseo la llevó a Afidna y la puso bajo la custodia de Etra. Los hermanos de Helena, Cástor y Pólux, no tardaron en rescatarla y la llevaron de vuelta a Esparta. También apresaron a la madre de Teseo, a la que convirtieron en esclava de su hermana. Años después, cuando Helena se trasladó a Troya, se llevó consigo a Etra. Para entonces, las unía un fuerte sentimiento de cariño.

–Dardania... –repitió Helena como un eco de sí misma–. Algo más para bordar. –La mujer tejía un manto en el que representaba las consecuencias de su huida de Esparta, como si expiara su culpa con los bordados–. Cientos de muertes que debo cargar sobre mis espaldas.

–Que carguen sobre las de tu esposo –le espetó Etra con ira, señalando hacia el vestíbulo.

Helena calló, dándole la razón. Ambas eran aqueas, ambas pertenecían al mismo pueblo que guerreaba desde hacía diez años con Troya, ambas habían conocido a Paris cuando era un joven enérgico y hermoso, y lo habían visto decaer y convertirse en el hombre arrogante e insulso que ahora era. Helena se secó las mejillas.

–Prepara el telar, madre querida. Es lo único que puedo hacer: tejer imágenes. Los hombres son los que tejen mi verdadero destino.

Cuando Héctor entró en el gran palacio, halló a Príamo y a Hécuba en el salón del mar Océano. El príncipe perdió la vista en las paredes, que lucían pinturas de vivos colores que representaban a cientos de criaturas marinas sobre un fondo acuático.

–Hoy vienes como portador de malas noticias. Te precede la desesperación –se adelantó el rey de Troya. Desde allí también se escuchaban los gritos que sacudían la ciudad baja.

–Así es, padre. Aquiles ha tomado Pédaso, Lirneso y Tebas.

Príamo se tambaleó un instante. Los saqueos se habían repetido en los últimos años, pero nunca habían sido de tanta envergadura. Con gestos pausados, se acercó al hogar, cogió un pico de bronce, apartó los palos a los extremos y enterró las brasas entre las cenizas. Así decretó el luto por aquellos asaltos.

–Sus reyes han muerto. Hemos perdido importantes aliados –añadió Héctor.

–Tu suegro, el padre de Andrómaca... –El príncipe asintió-. Pobre Eetión. –Príamo se atusó la barba, blanca por los años-. Han pasado a la ofensiva, se avecinan malos tiempos. Al menos esto servirá para convencer a los timoratos. No caben neutralidades en esta guerra.

–Mi rey –intervino Hécuba-, manda heraldos y llama a la guerra a todos los aliados de Troya. Éste es el décimo año. Ha llegado la hora. –La mujer conservaba el porte y los rasgos de la juventud.

–Tienes razón, madre. Sin aliados dentro de la ciudad, estamos expuestos. Los aqueos pueden asaltar los muros, como han hecho en Dardania. –Príamo abrió la boca, pero Héctor se adelantó-. Lo sé, no existen muros como los de Troya, pero tampoco existe determinación como la de esos

salvajes de pelo rubio. Son más que nosotros, muchos más. ¿Con cuántos hombres contamos? ¿Siete mil?, ¿tal vez ocho mil? Nos doblan con creces.

Príamo levantó una mano para ordenar a una esclava que trajera vino. La joven lo sirvió en una gran copa, que Príamo tomó para hacer una libación a Apolo.

—Guíanos por el camino correcto y sálvanos de los que nos acosan, Divino Arquero —susurró mientras vertía parte del líquido sobre los rescoldos del hogar. Luego tomó un sorbo y le pasó la copa a Héctor—. Hablaré con Antenor para que despache a los heraldos.

\* \* \*

Habían tenido que esperar más de una semana a que los vientos fueran favorables para atravesar el estrecho y penetrar en el Helesponto. Buena parte de la flota ya estaba varada, y Aquiles aguardaba a que le llegara el turno. A su alrededor, los negros cascos destacaban a lo largo de la línea de costa del cabo Sigeo. El mirmidón había elegido para sí la zona más expuesta del campamento, en el extremo sur. Áyax había situado a los suyos en el otro.

Por todo el campamento se elevaban columnas de humo, de las hogueras en las que los aqueos preparaban su desayuno. Había un trajín constante de hombres para asentar a las tropas recién llegadas. Los torsos desnudos y sudorosos resplandecían entre las tiendas de cuero impermeabilizadas con alquitrán. Decenas de niños jugaban en la playa, alzando los brazos para saludar a las naves que todavía fondeaban en la desembocadura del Escamandro. Más de quince mil personas vivían allí. Aquiles había saqueado ciudades menos pobladas.

Cuando comenzaron a remolcar su nave, el pélida Aquiles insistió en permanecer en ella hasta que estuvo bien asen-

tada. Los mirmidones acumulaban el botín de Dardania, junto al que los hombres de Áyax habían traído de Tracia. Agamenón, comandante de todos los aqueos, su hermano Menelao, esposo agraviado de Helena, Ulises, rey de Ítaca, y Diomedes, rey de Argos, acudieron a recibirlo.

–Hijo de Peleo, príncipe de Ftía, me complace verte –dijo Agamenón en tono ampuloso. El rey de Micenas vestía un manto de piel de cabra sobre una túnica de color púrpura. En la mano derecha sostenía un cetro dorado.

Abrazó al pélida y, tras él, también lo hicieron los demás reyes. Ulises llevaba una falda corta, botas altas de lino endurecido y su inseparable casco con colmillos de jabalí, rematado por un penacho de crin de yegua; lucía la cicatriz de una vieja herida en el muslo derecho, recibida en su primera caza de jabalí. Diomedes llevaba puesta su coraza de bronce, cubierta parcialmente por una piel de león. A su lado, el silencioso Menelao, con una piel de leopardo sobre una túnica corta blanca, destacaba entre todos por su altura y su cabello completamente rubio.

–Amigo, te esperábamos ansiosos –lo saludó el astuto Ulises–. Comeremos en abundancia durante un mes gracias a ti. –El rey de Ítaca, que tenía un lugar preferente en el consejo gracias a su aguda inteligencia, sonreía mientras observaba a aquel joven de Ftía en el que tantos habían depositado sus esperanzas. Lo apreciaba de veras, pero dudaba de que el resultado de la guerra dependiera de él.

–Sirvo a mi pueblo en esta guerra que no he buscado, y lo hago como mejor sé –dijo Aquiles en respuesta. Joven y belicoso, provocador, siempre que podía cuestionaba la autoridad del rey; llevaba diez años fuera de su hogar, y ese tiempo pesaba en su ánimo. Aquiles avanzó hasta el grupo de esclavas que aguardaban junto a las naves y tomó a Criseida de la mano para llevarla ante Agamenón–. La he elegido para ti. Es hija de un sacerdote del dios que protege Troya.

Es habilidosa y conoce varias artes. Su nombre es Criseida, y habla nuestra lengua.

Agamenón se perdió en su hermosura. Contempló sus formas redondeadas, su piel tersa y bronceada, su cabello oscuro y rizado, y su rostro de rasgos perfectos.

–Has sabido elegir –contestó complacido el rey de Micenas. Luego ordenó a uno de sus heraldos que la condujera a su tienda–. Hoy es un día para celebrar. Hice un voto delante de testigos. Poseidón ha permitido que la flota se reúna al completo sin tormentas ni mala mar. Celebremos ahora la hecatombe que prometí al señor de los mares.

Mientras cientos de hombres seguían trabajando para afianzar las naves, los principales entre los aqueos se encaminaron en procesión hasta el altar de Hércules. Se trataba de un enorme bloque de piedra burdamente tallado con cuatro pares de cuernos, uno en cada cara. La piedra, encajada, mostraba los restos rosáceos de la sangre de las víctimas. La habían encontrado así. Delimitaron con mojones un espacio a su alrededor para crear un santuario, y plantaron en él una vieja higuera que consideraban sagrada.

Según la tradición, Hércules había saqueado Troya décadas atrás. Cuando Hesíone, hija del rey troyano Laomedonte, fue raptada por piratas, Hércules se ofreció a rescatarla a cambio de obtenerla en matrimonio, junto con una yeguada de los famosos caballos que se criaban en la ciudad. El aqueo mató a los piratas y rescató a la princesa, pero el rey se negó a cumplir su parte del trato. Entonces, Hércules volvió a su tierra y reunió una pequeña flota con la ayuda de su amigo Telamón, hermano de Peleo y padre de Áyax, y juntos marcharon a Troya para asaltarla. Hércules mató a Laomedonte y a todos sus hijos, con excepción de dos: Hesíone, a la que entregó a Telamón para que se casara con ella, y el pequeño Podarces, cuya vida la princesa troyana pidió como regalo de bodas. A partir de aquel momento, el niño recibió

el nombre de Príamo, «el Rescatado». El niño, con el tiempo, llegaría a ser rey de Troya, pero nunca olvidaría a su querida hermana Hesíone, que vivía con Telamón en una isla del Egeo.

Al frente de la procesión, un flautista tocaba una música estridente y, a su son, un coro de muchachas bailaba con frenesí. Las acompañaban las mujeres que acarreaban el agua y los cestos. Tras ellas, varios pastores conducían a los cien bueyes que serían sacrificados. Aquiles fue elegido como portador del fuego. La antorcha había sido prendida en la hoguera principal del campamento, donde se mantenía vivo el fuego traído desde Micenas al comienzo de la guerra. Al llegar al santuario, el pálido encendió las hogueras en las que se quemarían las ofrendas y se asaría la carne para los banquetes. Los reyes se situaron en círculo, y enseguida comenzaron los rituales: se pasaron el agua y el cesto, se lavaron las manos y rociaron con agua al primer buey, que sacudió la cabeza para asentir al sacrificio. Tomaron un puñado de cebada, y entonces Agamenón hizo la invocación y la plegaria. Luego todos echaron la cebada sobre el altar y sobre el animal. El rey tomó el cuchillo y le cortó un mechón de pelo. Menelao tomó el hacha y abatió al buey de un solo golpe. Agamenón terminó el trabajo degollando a la víctima. Tomó entonces su sangre en un cuenco y la derramó sobre el blanco altar. Por último, el animal fue despellejado y descuartizado, sus vísceras y partes no comestibles fueron ofrendadas al dios en la pira. La carne comenzó a ser asada mientras se introducía a la siguiente víctima en el recinto del santuario. Calcante, el adivino, veló para que todo se hiciera correctamente.

La hecatombe se prolongó hasta el atardecer. Los reyes, turnándose para los sacrificios, terminaron extenuados de alzar el hacha ritual, degollar, despellejar y descuartizar a los bueyes. La carne fue repartida entre la tropa, comen-

zaron los banquetes y corrió el vino por el campamento. El olor de la grasa quemada inundó el cabo Sigeo. Al caer la noche, comenzó el festín real. Comieron y bebieron durante horas y, embriagados, cantaron y contaron historias sobre los antiguos héroes. Néstor, el anciano rey de Pilos, con el rostro surcado de arrugas y el cabello cano, comenzó a hablar sobre la generación de hombres de su juventud.

–Cualquiera de aquéllos que murieron hace tiempo valía por diez de los de ahora –contaba Néstor con la mirada aún brillante, intensa, obviando las mofas escondidas de los más jóvenes.

–Ya no se hacen hombres como los de antes –le susurró Antíloco, su joven hijo, a Patroclo, que lo acompañaba en la mesa.

Ambos rieron entre dientes.

Al final de la fiesta, cuando ya muchos habían caído rendidos por el sueño y el alcohol, Aquiles tocó la lira. Los que seguían despiertos se pusieron melancólicos. El pálido recordó su casa, en Ftía, y añoró los brazos cálidos de su madre.

Ulises se puso en pie y se retiró a su tienda. La música también le traía ecos del pasado. Fundida con las notas, distinguía la voz melosa de su amada Penélope preguntándole cuándo volvería.

Cuando acabó la melodía, Aquiles caminó alrededor del santuario de Hércules hasta llegar a la linde del promontorio sobre el que se asentaba el campamento. No había luna en el cielo y las estrellas brillaban con intensidad. A lo lejos, por oriente, se divisaban algunos puntos de luz: hogueras encendidas en Troya. Su corazón se aceleró. Allí estaba su destino, muy cerca. Calcante había profetizado que él sería una pieza necesaria para la caída de Ilión. Aquiles creía en él, pero también en el oráculo de su madre, el que había recibido de sus propios dioses.

–Para que Troya caiga, tú debes caer primero –le había dicho arrasada por las lágrimas cuando su partida fue inevitable–. Eres el precio que los aqueos tendrán que pagar a Zeus.

Los mirmidones habían levantado la tienda de Aquiles con altos troncos de pino, de tal manera que había espacio suficiente para un salón y varias cámaras separadas por telas. Allí se retiraron Patroclo, Antíloco y el périda, quien, tambaleándose por la borrachera, fue a buscar a Briseida. La mujer se despertó sobresaltada, pero no forcejeó. Cuando era reina de Lirneso, había presenciado cómo su esposo forzaba a sus sirvientas. Y sabía que debía ser sumisa ante su destino.

Sin soltar una palabra, Aquiles la condujo a su cámara y la tendió sobre el camastro. Ella le pidió aceite y él accedió. Briseida lubricó su sexo. Luego abrió las piernas, giró la cabeza y evitó la mirada del hombre. Aquiles la agarró por la mandíbula y la obligó a mirarlo a la cara.

–Déjame –pidió ella–. Soy tuya de cuello para abajo.

Él, sin soltar su barbilla, la besó, y su aliento a vino hizo que ella se retorciera.

–Te odio –se atrevió a decir–. Has matado a mi marido y a mi padre.

–Maté a tu marido. Tu padre se ahorcó él solo. –Brisés, rey de Pédaso, incapaz de soportar el dolor por ver sufrir a su pueblo, se había quitado la vida cuando los aqueos tomaron su ciudad.

–Lo que hizo fue adelantar lo inevitable.

–Puede –afirmó Aquiles–. Todos tenemos un destino inevitable, y somos muñecos de barro en sus manos.

«Inevitable». La palabra resonó en la cabeza de Briseida, que supo lo que tenía que hacer como esclava. Apartó la mano de Aquiles de su barbilla con gesto airado. Sos-

teniéndole la mirada, bajó la mano hasta encontrar su pene erecto y lo condujo hacia su interior. Notó cómo su cuerpo temblaba y cómo dos lágrimas pesadas resbalaban por sus mejillas. Comenzó a mover la cadera rítmicamente, primero hacia él y luego hacia el suelo. Abrazó su cuerpo con las piernas y, como si quisiera golpearlo, comenzó a moverse con furia, sintiendo en cada embate que recuperaba algo de su orgullo.

Aquiles se entregó al placer, y ella, sintiéndose poderosa, arremetió con más fuerza. Él terminó enseguida, pero Briseida no se detuvo. Su furia se fue transformando hasta que se entregó a una extraña sensación de gozo que culminó en un sonoro orgasmo. Quedó desconcertada por unas sensaciones que eran nuevas para ella. El hombre se tumbó bocarriba y el cansancio, mezclado con el vino, lo derrotó en un instante.

Briseida salió al salón. Allí se quedó sentada, acurrucada sobre las rodillas. Le llegaban los susurros y jadeos de Antíloco y Patroclo, que se daban placer tras una de las telas. Un sordo lamento de Antíloco anunció su éxtasis. Momentos después, Patroclo salió, completamente desnudo. Briseida lloraba en silencio, avergonzada de sí misma.

—¿Qué te pasa, niña? —le preguntó mientras se sentaba a su lado.

Ella lo miró. Era algo mayor que Aquiles, pero de rasgos delicados y juveniles, aunque el cuerpo, fibrado, mostraba los efectos de los intensos entrenamientos a los que su comandante lo sometía. Como todos los hombres de Ftía, era un gran guerrero.

—He disfrutado. Pero él mató a mi marido. No debería haber disfrutado con él.

Patroclo suspiró y negó con la cabeza.

—Los dioses juegan con nosotros y nos llevan por caminos desconocidos hacia destinos que no podemos atisbar...

–soltó poéticamente–. ¿Cómo era tu esposo? ¿Te trataba bien? ¿Lo amabas?

Briseida se enjugó las lágrimas.

–¿Qué importa eso?

–Niña dárdana, el amor está por encima de todo. ¿Qué importa el matrimonio si no amas a tu esposo? El amor debería atar con más fuerza que el matrimonio.

–Suena bonito, pero no es así –replicó ella.

–Puede ser así aquí. –Patroclo apoyó la palma de su mano en su pecho–. Lo demás no importa.

Hubo un breve silencio.

–Mines me golpeaba con la menor excusa. Apenas yacía conmigo, prefería a sus concubinas. Y me despreciaba en público.

–Se podría decir que Aquiles te ha liberado. –Patroclo sonrió.

–Aquiles me ha hecho su esclava, no lo olvides. Me forzaré cuando le venga en gana.

–Es su derecho. Las normas no las ponemos nosotros. Estaban antes de que nacióramos, y debemos someternos a ellas.

–Te contradices, Patroclo. Acabas de decir que el amor está por encima de las normas.

–No me contradigo, Briseida. Sólo trato de consolar-te... –Se levantó, le acarició el cabello brevemente y se retiró a dormir.

–Gracias –le dijo ella antes de perderlo de vista.

Agamenón no dormía en una tienda. Para él habían construido una vivienda estable, la única del campamento. Era pequeña, pero un techo y un suelo aislado de la humedad representaban un lujo sólo a su alcance. Ningún otro rey se había atrevido a imitarlo, conformándose con tiendas de cuero alquitranado, espaciaosas y cómodas, pero inestables.